

ánimo del Rey que consideraba como un baldon para Castilla la bien aconsejada pero mal recibida retirada. En tan heroica porfía alcanzó la epidemia al Rey D. Alfonso XI, y murió de ella á los 26 de marzo de 1350, causando general consternacion en el campamento cristiano y en todo el reino.

Este suceso señaló un nuevo período en la vida triste y apesadumbrada de la Reina Doña María.

IV.

A la edad de quince años entró á reinar en Castilla, con unánime asentimiento de los pueblos, D. Pedro, único hijo legítimo de Don Alfonso XI.

«La desarreglada y escandalosa conducta de su padre, monarca «por otra parte de tan grandes prendas, con la célebre Doña Leonor «de Guzman, su dama; la funesta fecundidad de la favorita, y la larga «prole, fruto de aquellos amores tristemente famosos, que para des- «dicha del reino quedaba á la muerte de aquel soberano; los pingües «heredamientos que cada uno de los hijos bastardos habia obtenido; la «influencia que por espacio de veinte años habia ejercido la Guzman, «dueña del corazon del monarca y única dispensadora de las mercedes «del trono, que habia tenido buen cuidado de distribuir entre sus «deudos, parciales y servidores; el humillante y tormentoso aparta- «miento en que habian vivido la legítima esposa y la única prenda del

mundo, de modo que murieron las dos partes de la gente. Esta mortandad duraba por espacio de tres meses, y la mayor parte de las dolencias eran unas hinchazones que se levantaban en las vasillas y bajo los brazos; todos padecieron iguales dolores, los que murieron y los que curaron. Por las noticias que hallamos en los escritores musulmanes españoles, creemos que en la Andalucía se sintió mas el azote, para cuyo remedio escribió el cronógrafo de Granada Ebu Alkatib un tratado que intituló: *Averiguaciones muy útiles de la horrible enfermedad*. Abugiafar, tambien musulman y médico de Almería, escribió otro tratado sobre el mismo asunto en el cual advierte que la pestilencia se dejó ver primeramente en Africa, luego se derramó en el Egipto, y toda la Asia; finalmente invadió á Italia, Francia y España, y que en Almería donde hizo el mayor estrago, duró por espacio de once meses.» *Cronicon Comimbricense*.

«enlace bendecido por la Iglesia: aquella devorando en melancólico «silencio el baldon á que la condenaba el ciego y criminal desvío de su «esposo y la insultante privanza de la altiva manceba; este presen- «ciando la dolorosa y amarga situacion de su madre, y comprendiendo «ya la causa de sus llantos y de su infortunio; Doña María atormen- «tada de celos y herida en lo mas vivo para una muger y en lo mas «sensible para una esposa; D. Pedro atesorando en su corazon juvenil, «pero que ya despuntaba por lo impetuoso y lo vehemente, una pasion «rencorosa hácia la causadora de las tribulaciones de su madre y de «su desairada situacion; era fácil augurar que con tales elementos no «faltarían á la muerte del undécimo Alfonso, ni discordias que «lamentar entre la real familia legítima y bastarda, ni venganzas que «satisfacer á los ofendidos, ni al reino castellano males y disturbios «que llorar¹.»

Prescindamos de las crueldades del hijo que no son de este lugar, y fijémonos en la impensada mudanza que se dió á conocer en la madre.

Iban acompañando el cadáver del Rey D. Alfonso, su favorita Doña Leonor de Guzman, dos hijos suyos, y otras personas principales. Nada ocurrió en el trecho desde Gibraltar á Medinasidonia donde descansó la comitiva para continuar luego hasta Sevilla y depositar en decorosa sepultura los restos del vencedor del Salado, D. Alfonso Fernandez Coronel que tenia dicha villa por Doña Leonor, alzóse del homenaje que le habia prestado. Nueva contradiccion y presagio de gran mudanza en su suerte fué para la Guzman la noticia de que se trataba de poner presos á sus dos hijos gemelos, D. Enrique y D. Fadrique, previniendo estos la intencion con retirarse á sus tierras. Incierta y recelosa, Doña Leonor hubiera desistido de ir á Sevilla, á no haberle dado seguro D. Juan Nuñez de Lara: que bien podia fiar en él, teniendo Doña Guzman casado á su hijo D. Tello con una hija del de Lara.

¹ Lafuente (D. Modesto) tom. 7, pág. 147.

Agenos al parecer á todo intento que no fuese cumplir los últimos deberes con el difunto monarca, salieron de Sevilla el Rey D. Pedro y su madre Doña María, y recibieron á buen trecho de la ciudad el féretro, acompañándolo despues hasta la capilla de los Reyes.

Dióse á conocer en breve que Doña Leonor de Guzman no habia obrado con suficiente cautela, yendo personalmente á Sevilla y ante el féretro del que fué su amante, á despertar recuerdos que, si antes eran inolvidables, hubieron de renovarse entonces con bastante viveza para verse trocados en deseos de venganza. No cabe en nosotros asegurar si la Reina hubiera pagado á su rival con el desprecio y el olvido, á no haber tenido ocasion de que la Guzman pareciese en su presencia; pero en la ocasion y en los momentos solemnes de dar sepultura al cadáver de un esposo cuyo amor le habia arrebatado constantemente una rival afortunada, ¿de qué temple habia de ser el alma de la Reina para no sufrir enojosas impresiones? Ella, la rival, la que por concubina recibia deshonra con favores, era la que habia podido recoger é ir acompañando el cadáver del Rey, como para confirmar, despues de muerto este, la influencia que con él habia manejado: ella habia alcanzado ser testigo de los últimos momentos de su amante, en tanto que la verdadera Reina y legítima esposa se veia condenada por el desamor y el desvío á recibir, algunos dias despues, el yerto cadáver de su esposo, y lo que es mas, á recibirlo de manos de la misma rival que le entregaba muerto al que en vida tuvo sujeto con lazos de criminal amor. ¿Era mucho que la Reina sintiese subírsele la sangre á la cabeza, viendo hasta el último momento, junto al objeto de su desairado amor, á la causadora de los desaires? Si en su corazon asomaron entonces deseos de venganza, bien pudo proceder en gran parte de la imprudente y provocadora presencia de la Guzman.

Y suelta ya la traba de consideraciones de todo linage, y con cierto y sabido agravio del seguro dado por D. Juan Nuñez, dióse orden de reducir á prision á Doña Leonor de Guzman; y aunque pareció el de Alburquerque ser el principal autor de providencia tan ruidosa, bien

cabe sospechar que procedia ella de mas enaltecido origen y de inspiracion mas alta.

Sin embargo, la venganza, si nos place dar este nombre al desquite que se tomaba la Reina, no presentaba trazas de trascendental y grave, ni debió de darle Doña Leonor importancia tan considerable: una y otra suposicion vienen á justificarse con hechos sobre los que no cabe la menor duda. Los hijos de la Guzman no eran objeto de persecucion; al contrario, aun fueron socorridos por el Rey con cargos militares de singular confianza en las fronteras.

Fuera de esto; Doña Leonor no hubo de tener por acabada su influencia en las cosas políticas, aun despues de llevada á efecto su prision. Aunque recluida en palacio, permitiasele recibir las visitas de su hijo D. Enrique, siempre que este iba á Sevilla; y no es verosímil que en lo demas se le diese á conocer tan estrecho trato, que ya pudiese dar por acabados todos los medios de influir en los negocios públicos, y combatir á los mismos que habian acordado y dispuesto su prision.

Asi pudo traslucirse con motivo de un proyectado casamiento.

La Reina Doña María, secundada por el de Alburquerque, andaba, segun parece, en comenzadas negociaciones para casar á su hijo, el Rey D. Pedro, con Doña Juana, hermana de D. Fernando de Villena. No era el matrimonio cosa resuelta ni mucho menos; pero andaba la cosa bastante seria y sobrado formal para que razones de Estado tuviesen la decision vacilante entre concertar el matrimonio de la indicada Doña Juana con el infante D. Fernando de Aragon, ó con el citado Rey D. Pedro de Castilla.

Hubo de llegar todo esto á oídos de Doña Leonor; y, ora fuese por mal aconsejado despecho de verse reducida á prision, ora por deseos de cimentar esperanzas y cálculos para lo futuro, ó ya por último fuese por impulso del hábito, en tantos años contraído, de interponer su voluntad y su influencia en las altas tareas del gobierno, es lo cierto que prevaliéndose de las ocasiones de ver á su hijo D. Enrique y hablarle á solas y con libertad entera, ocasiones por nadie embara-